

**CARABANTE MUNTADA, José María: *Orden político, derecho e ideología*, Dykinson, Madrid, 2025, 277 pp.**

El profesor de la Universidad Complutense de Madrid José María Carabante Muntada, ofrece con este ensayo una reflexión interdisciplinaria sobre los fundamentos del orden jurídico y político, concretamente sobre el orden social y las vulneraciones del mismo. Con su habitual inquietud investigadora, busca en la Filosofía del derecho y la Filosofía política la manera de proteger los ordenamientos de las rupturas del orden político provocadas por ideologías modernas y la manipulación del lenguaje, acentuado por el creciente empleo de las nuevas tecnologías.

El profesor Carabante se inspira en la obra de Eric Voegelin para analizar cómo las vivencias humanas, la conciencia y la simbolización del orden influyen en la configuración de los sistemas normativos. Con esta obra, se demuestra un conocimiento amplio y profundo de la Filosofía jurídica y política, tanto clásica como contemporánea y en concreto, de las obras de Voegelin y de los autores que sobre él han escrito, de otros autores con los que confronta su obra y de las influencias tanto de las que Voegelin se ha nutrido como de las que ha provocado en autores posteriores.

Nos encontramos ante una obra en la que, con base en una serie de desórdenes y conflictos ideológicos, Carabante deja entrever, con verdadera profundidad, la necesidad que existe de una restauración del orden espiritual mediante un retorno a la verdad trascendental y una revalorización de las experiencias religiosas auténticas. Un trabajo en el que, de manera constante y transversal, se respira la necesidad de que la perspectiva metafísica sea una obligación relevante para un filósofo del derecho, por lo que podría afirmarse según nuestro autor, que Voegelin es un filósofo de referencia para cualquier estudioso del iusnaturalismo moderno, especialmente por el desconocimiento que tuvo en España hasta prácticamente principios del siglo XXI.

La obra del profesor Carabante se divide en una Introducción, cuatro capítulos y un epílogo.

En el primer capítulo «la experiencia del orden», nuestro autor examina en la obra de Voegelin la vivencia trascendente como fundamento del orden político. Analiza el concepto de orden y su experiencia, contribuyendo a lo que autores como Capograssi y Habermas han aportado, destacando que conceptos como la verdad y el bien deben entenderse en relación con la trascendencia para evitar el relativismo, promoviendo una Filosofía de la conciencia (que procede del ser –ontológico–, no del yo), elemento central de la Filosofía política, interpretando los fenómenos sociales y políticos como desórdenes del alma. Ésta, afirma Carabante es una Filosofía de índole espiritual, abriendo un inmenso panorama para recuperar la verdadera metafísica y su dimensión normativa de la realidad, lo que exige una experiencia mayor a nivel filosófico y humanum. Así, Carabante plantea la posición que Voegelin realiza entre la experiencia metafísica y la ontología contra el positivismo, considerando que el autor alemán, sin reduccionismos, puede ser considerado un auténtico metafísico.

En la obra se estudian autores como Husserl y Walsh que, según nuestro autor, permitieron a Voegelin acercarse a la fenomenología de la investigación social y, en este sentido, aboga por un enfoque fenomenológico que valore la experiencia pre-teórica. El autor alemán considera al ser humano un ente racional y espiritual, argumentando que el cierre a la trascendencia (tras-

endencia como metafísica) deshumaniza al individuo. No obstante, y a pesar de su discusión con H. Arendt sobre la «naturaleza humana», Carabante sostiene que Voegelin no es un autor personalista.

Carabante señala que «el orden» es el instrumento que emplea el autor alemán para contrarrestar la fuerza de la autonomía, cuyo sentido ontológico, especialmente en la modernidad, supone la posibilidad del ser humano de sustraerse a la estructura de lo real, como en su caso, de transformarla. Precisamente, la experiencia de trascendencia, según Voegelin tiene un sentido antropológico y en este sentido defiende que la conciencia es «centro luminoso», que irradia el orden en la existencia humana. Por tanto, Carabante pretende defender el orden, con sentido ontológico, reflejando la relación del ser humano con un orden ajeno a su creación, un concepto clave en el pensamiento de Voegelin que busca contrarrestar la autonomía moderna.

Como consecuencia, en el segundo capítulo «conocimiento normativo y simbolización del orden» nuestro autor critica el cientificismo positivista por distorsionar la comprensión de la verdad. Analiza cómo este enfoque prioriza el medio sobre el fin y cómo la experiencia humana, centrada en la trascendencia, se sitúa en un nivel de luminosidad que conecta lo subjetivo y lo objetivo. Así la existencia del ser humano y el conocimiento se encuentran en lo que Voegelin denomina el *Between*, en el encuentro entre ser divino y realidad humana. Carabante, como estudioso, entre otras materias, del lenguaje y la cultura, analiza también en esta obra, la correlación entre lenguaje, conciencia y ser (ser como realidad) y el problema del símbolo, de la verdad simbólica y de los inconvenientes que surgen a la hora de comprobar la adecuación del símbolo y experiencia fundante, centrándose en dos formas simbólicas, la Filosofía y la Revelación que canalizan el vínculo entre ser humano y ser divínium. Así explica como Voegelin, siguiendo a Kraus, sostiene que el lenguaje es el vehículo entre la experiencia y la realidad, y que la confusión lingüística refleja un desorden social creciente, ya que el lenguaje constituye un puente entre la realidad y la psique. Ninguna experiencia ni ningún símbolo –y ninguna verdad– puede ser completa o absoluta porque se refiere a un ámbito ontológico que «está esencialmente más allá del alcance humano». El simbolismo es crucial para expresar la vivencia trascendental y la Filosofía debe examinar críticamente estos símbolos para evitar la manipulación ideológica. Ello influye en la desinformación, al hacer imposible ahondar en la experiencia trascendente. El símbolo, según Voegelin es la expresión concreta de una verdad espiritual o existencial, una forma de conocimiento que conecta al ser humano con la realidad trascendente (*Meta-xy*) entre lo finito y lo infinito (como el alma para Platón), una forma de representar una vivencia espiritual, propio de las influencias recibidas por Eliot o Valery. Analiza los diferentes niveles de verdad y señala que los términos verdad, símbolo, experiencia, búsqueda o tensión son diversas dimensiones de una misma vivencia.

Para Carabante, una causa de la posible manipulación ideológica es perder de vista el sentido simbólico de esos contenidos de verdad. Si a los símbolos se les separa de la experiencia pierden su pretensión de verdad. Todo ser humano es buscador de la verdad, aunque no todos tengan la capacidad suficiente para el esclarecimiento crítico de los símbolos existenciales. La inquietud existencial del ser humano lo convierte en un buscador de la verdad, consciente de su condición contingente y la dualidad entre lo finito y lo infinito. Nos fundamenta como para Voegelin, las experiencias simbólicas, tanto en la Filosofía como en la Revelación, sirven para conectar el orden

individual y social con la trascendencia. Esto implica una búsqueda constante de significado en un mundo desordenado, guiada por la conciencia de la ignorancia y la relación con lo divinúm. Y constata su verdad: que es un ser constituido racional (noética) y espiritualmente (neumáticamente) de modo que su existencia depende de la causa divina del ser. La inquietud despierta en la conciencia porque el ser humano es contingente y vive en el *Metaxy*, entre la finitud y lo infinito, entre la temporalidad y la eternidad. Justamente, analiza como las experiencias simbólicas: Mito, Filosofía y Revelación, se adquieren experiencias de asombro y participación en el fundamento, guardando las distancias, como el paso del mito al logos. Pero el salto está en descubrir el ser trascendente como fuente del orden del individuo y de la sociedad. De ahí que «lo neumático y lo noético hagan referencia a dos símbolos que denotan la inserción de la trascendencia en la conciencia humana» (p. 127). La Filosofía como búsqueda y la Revelación como recepción de la invitación o apelación divina.

En el capítulo III, «Orden político, orden jurídico e historia», Carabante nos explica como Voegelin se enfrenta al positivismo y a los efectos que puede tener la «neutralidad axiológica» al estilo kelseniano como mera teoría del Estado (poder) o teoría del Derecho, ya que presenta la política, la historia y el derecho como símbolos que expresan experiencias fundamentales del sujeto, y no sólo como elementos espacio-temporales, enfrentando el positivismo y sus efectos. La búsqueda de la verdad intenta crear un nuevo campo social, en el que la sociedad es vista como un proceso hermenéutico, aunque el orden social e histórico arraigue en el orden de la conciencia ordenada y medida por la realidad divina. Nuestro autor considera que la ciencia política clásica, es el aspecto central en la obra de Voegelin y la define como la ciencia de la existencia humana en sociedad y de los principios del orden, que es referida a la idea platónica de *Kosmos*, considerando que el hombre es plenamente humano por su participación en lo comunitario y que trasciende a lo individual, como resultado de los principios antropológico y el principio teológico. Destaca así la relación entre la validez del derecho y el orden social, es decir, lo jurídico alcanza su significado con el establecimiento del orden de una sociedad *episteme politiké*, frente a la postura kelseniana sobre la validez de la norma. Y cómo la lucha del alma hacia lo divino surge de la insatisfacción con la verdad y su destrucción por la sociedad, como ocurría con la sofística. Carabante menciona que Voegelin es un teólogo de la historia, como movimiento de crítica en el que participa Karl Löwith, discípulo de Heidegger, distinguiendo entre inmanencia y trascendencia, y sugiere que la teología de la historia, como historia de la salvación, fundamenta la teoría histórica. En definitiva, nos explica como Voegelin sostiene que la historia es un símbolo de trascendencia y contiene la lucha por el orden correcto del alma y de la sociedad, pues los hombres en la medida en que tienen conciencia de su historia, se hallan en presencia de Dios y expresan la conciencia de su existencia ante él y ello porque la experiencia del ser trascendente es fundamental, subrayando la conexión entre la historia humana (símbolo) y la presencia de Dios (*Between*), donde la historia se convierte en un encuentro entre el tiempo y la eternidad (el juicio de Dios).

En definitiva, sostiene Voegelin que la experiencia fundamental es la vivencia del ser trascendente, la constatación de que el ser humano está constituido por su relación con la fuente última de lo real. A diferencia de lo objetivo, el ámbito de lo luminoso nunca se puede aprehender de forma definitiva. Concluye el capítulo Carabante señalando «que las experiencias están sometidas a la

temporalidad, que ésta adquiere su sentido como –presencia– de la trascendencia, es decir, que tanto las formas sociales como la historia son un encuentro entre el tiempo externo y la eternidad trascendente» (p. 166).

En el capítulo IV «Ideología, desinformación y manipulación del lenguaje» Carabante explica como la concepción voegeliniana de la ideología es de índole espiritual, siguiendo el principio antropológico y teológico que guía sus escritos políticos, y existiendo una correspondencia entre la salud espiritual del individuo, la de la comunidad y la de la humanidad, completando este análisis con estudios de Guardini.

En primer lugar, la ideología para Voegelin es «la bestia negra» de su teoría, según Carabante, pues impide la diferenciación y empobrece el lenguaje, conduciendo a una afección espiritual y a manifestaciones de neumatología que derivan en una resistencia a la trascendencia. En opinión de nuestro autor, es vital ahondar en la relación que guarda la enfermedad espiritual con la cancelación de las experiencias trascendentes.

En segundo lugar, señala Carabante que quien sabe muchas cosas, pero ignora lo más fundamental, en palabras de Voegelin, en concreto, la dependencia de su ser de una fuente que le trasciende y le resulta indisponible, no sabe en puridad nada, de hecho, sostiene el autor alemán que el nihilismo o el nazismo son síntomas de la descomposición y decadencia de una sociedad.

Por último, en palabras de Carabante, la pérdida de contacto con la realidad, la desaparición de la verdad y la devaluación del lenguaje, son síntomas de la enfermedad espiritual. De esta forma, la modernidad, caracterizada por el egocentrismo y la muerte de Dios, confrontándolo con Nietzsche, genera un desorden espiritual y, con sus comparaciones con George Orwell y su término «noelengua», supone un artefacto de dominación. Es en la Modernidad cuando se descubre la prioridad del hombre (p. 179). Es decir, Carabante denuncia la manipulación ideológica y el uso del lenguaje como herramienta de distorsión, abordando fenómenos como el gnosticismo moderno y la «segunda realidad», que, en palabras de Voegelin es un término «para referirse a la imagen de una realidad creada por los seres humanos cuando existen y viven en un estado de alienación» (en contraposición a la primera realidad) (AR, p. 43), afirmando el profesor Carabante que «la ideología no puede nada contra el orden real y verdadero del ser. Ni siquiera la desobediencia altera la verdad de la fuente divina y no lo hace por razones obvias: la estructura ontológica no está a disposición del hombre, puesto que este es un participante en el profundo y amplio misterio de la realidad. Por este motivo, la construcción de sistemas, el empeño por erigir nuevas realidades, no socava el sustrato ontológico del mundo», por tanto, los sistemas especulativos implican un engaño.

En definitiva, lo que en este capítulo se pretende exponer es que la ideología, como mentira, impide reconocer la primera realidad, la del orden del ser, pues «no se puede eliminar el alma ni su trascendencia con respecto a la estructura de la realidad» y, sin embargo, se niega a aprehender la estructura ontológica del mundo, generando decisiones basadas en emociones –segunda realidad–, llevando a la descomposición social. Además, la influencia del gnosticismo en la modernidad refuerza la inmanentización, donde la ciencia y el cientificismo asumieron un papel central, desvinculando al ser humano de su experiencia trascendente, es decir, deshumanizándolo. Las decisiones se toman sobre la base de las emociones y no mediante el uso de la razón. La mentira se transforma y reviste apariencia de verdad. Para Carabante, hoy en día, la ideología toma la forma de desinformación (p. 189).

A modo de conclusión: «fundamento para la esperanza»: Los rasgos gnósticos de nuestra cultura se han acentuado como consecuencia de dos hechos: el immanentismo y la consecuente desaparición de la conciencia religiosa, hechos agudizados por el proceso de secularización del espíritu. Según el gnosticismo es el propio mundo moderno el que renunciando a admitir la espiritualidad ha elevado a la sociedad a una pendiente resbaladiza inhumana. Partiendo de lo explicado, sin embargo, se erige una verdad incuestionable: «la curación solo puede proporcionarla la renovación religiosa» (Voegelin, RP, p. 24). Carabante concluye que, ante la situación actual, la esperanza radica en una renovación religiosa para restaurar el orden y la verdad del ser, enfatizando la necesidad de una resistencia ante la manipulación y desinformación contemporánea, sostenida por el cientificismo. «Si hay esperanza, al fin y a la postre, si hay posibilidades de recuperar el orden del ser y la verdad, es porque la estructura ontológica no se altera por más que el hombre se obstine engordarla con sueños metastásicos. Frente a la realidad, en efecto, únicamente cabe un movimiento de rebelión de resistencia gnóstica» (Carabante p. 198), pues incluso en un entorno hostil y apagado hay aún huellas de lo trascendente. «Los nuevos identitarismo, la política de la cancelación y lo que se ha dado en llamar «cultura woke» junto con corrientes populistas de cariz pseudo-religioso, son las fuerzas que han tomado el testigo de los movimientos políticos de masas expandiendo la desinformación y la manipulación de un modo tan eficaz como arriesgado para la vida humana. Lo que se ha de asegurar es que la resistencia espiritual e intelectual frente a estas olas se fortalezca y sea lo suficientemente sólida como para aguantar las embestidas de la sinrazón» (Carabante, p. 199).

Para finalizar, en el Epílogo de este trabajo, el profesor Carabante recopila algunas de las ideas tratadas a lo largo de este trabajo, demostrando una vez más las horas de estudio que ha dedicado fundamentalmente a las obras de Voegelin y que nos sabe transmitir con gran hondura y calidad. Así, defiende que la Filosofía de Voegelin busca redescubrir la experiencia de la realidad y el lenguaje que la expresa, enfatizando un «principio antropológico» que relaciona el orden social con el orden espiritual; y, que su enfoque metafísico (como orden trascendente, fuente y causa del ser) y experiencial (sistemas arbitrarios que alejan de lo real y cierran la posibilidad de la pregunta por el ser y al final y obstruye el camino filosófico) considera que la vivencia de la trascendencia es central e influye en la individualidad, la política y la historia. Y que, por tanto, lo que mejor muestra la radicalidad de esa experiencia y su desbordamiento existencial es su dimensión espiritual.

Carabante presenta a Voegelin como un filósofo constructivo y místico, abogando por la necesidad de recuperar el contacto con la realidad a través del estudio de pensadores del pasado y considera la necesidad de revitalizar la Filosofía a través de la metafísica como ejercicio interior, pues lo espiritual no alude a lo religioso sino a lo que los griegos dieron en llamar *psique*, que hace referencia al centro en el que se constituye la experiencia del ser, donde resplandecen la verdad de las cosas a la luz de la verdad trascendente. Voegelin une ambas raíces culturales en la misma experiencia, mostrando que –Fe y Razón, Filosofía y Revelación, son respuestas complementarias y una misma vivencia irrenunciable.

Así, Voegelin es un pensador metafísico, según Carabante: «la experiencia del ser es central porque su descubrimiento repercute en el orden individual, en la política y en la historia (...) lo que lleva a tomar conciencia también de la unidad de la Filosofía». Así señala que la atención que el autor

dispensa a la vivencia central –una vivencia metafísica, contemplativa y práctica– le convierte en un autor de consulta imprescindible en nuestro tiempo. «La experiencia trascendente es el punto nodal en el que convergen todo el resto de las investigaciones o cuestiones tratadas por nuestro autor. En efecto, esa experiencia tiene lugar en el alma humana, en la psique, que opera como elemento mediador entre trascendencia e immanencia, como puente o intersticio» (Carabante, p. 202).

Por último, atraído por la Filosofía sapiencial y existencial, contrasta con E. Husserl al vincular la crisis del saber con la destrucción de lo real. Critica la ciencia por alejarse de la realidad y considera la metafísica como el resultado de un ejercicio interior, esencial para la Filosofía, conformando el *Between*, un ámbito de intersección entre lo divino y lo immanente.

La experiencia trascendente, entendida como común a la humanidad, establece una dignidad inherente al ser humano frente a tendencias como el animalismo y el transhumanismo. Su método se asienta sobre la convicción de que la experiencia de la trascendencia puede hacerse inteligible para un tercero mediante la «investigación reflexiva de su sentido». Que el hombre se halle constituido racional y espiritualmente significa que experimenta y reconoce que no existe por sí mismo, cuya existencia se le presenta como un misterio que denomina «Dios».

«La forma más importante de recuperar el contacto con la realidad es recurrir a los pensadores del pasado que no lo perdieron o que se implicaron en la tarea de recuperarlo» (Voegelin, AR, p. 95). «Voegelin no pretende pasar a la historia como descubridor de nuevas verdades ni realizar aportaciones novedosas, sino que lo que pretende es desentrañar en los textos y símbolos culturales legados por la tradición», esa experiencia genuina que lo dota de todo su sentido (Carabante, p. 205).

En política, afirma Carabante, su obra ofrece una reconfiguración de la Filosofía política al explorar sus bases espirituales. Voegelin, influenciado por diversos movimientos filosóficos, centra su obra en la trascendencia, definiéndola como una búsqueda espiritual que trasciende los sistemas ideológicos, posicionándose como un pensador cristiano contemporáneo en una esfera de intersección entre lo divino y lo humanum. En cuanto a la Filosofía política, la obra de Voegelin puede ayudar a redefinir la Filosofía política en su confrontación con la ciencia política, evitando de ese modo que caiga en el empobrecimiento en el que se vio sumida la Filosofía de la naturaleza en pleno siglo XVII. A diferencia de Rawls que busca combatir la desigualdad asumiendo un punto de vista moral, Voegelin ahonda en el trasfondo «religioso».

Voegelin, recuerda nuestro autor, murió tras una vida dedicada a la investigación y a la reflexión sobre lo trascendente (su temática principal) y lo immanente. Un pensador religioso, como queda atestiguado en la alteración que hace de la definición clásica de Filosofía, diciendo que no es meramente «amor a la sabiduría», sino con más exactitud, amor al ser, pero a través del amor al Ser divino» (Voegelin LNCP, p. 82). En este sentido se le ha considerado un autor cristiano protestante (S. Weil, E. Stein, K. Jaspers, G. Marcel, R. Guardini, H. Jonás) y, en una perspectiva contemporánea, un autor de índole espiritual, que recupera el sentido secular, filosófico de conversión como Guardini o Girard (Carabante, Perfiles filosóficos, o.c. 6).

En cuanto a las influencias de Voegelin, afirma Carabante que es complicado diferenciar lo que es propio de Voegelin y original, de lo que supone un préstamo legítimo de la obra de otro autor. Su anhelo consiste en recapitular las

experiencias centrales de quienes le precedieron y actualizarlas, con la intención de hacerlas propias en lo que tienen de permanente y de verdad.

Influenciado por M. Weber y Kelsen, Voegelin por ejemplo, valora el conocimiento comparativo y la honestidad intelectual en su metodología científica. En cuanto a la Filosofía que más pesa en toda su obra es la Filosofía griega, sobresaliendo la obra de Platón, pues aborda la búsqueda de la verdad divina y utiliza el concepto de *Metaxy*, que implica la idea de participación entre trascendencia e immanencia. Aristóteles también es relevante, aportando al entendimiento de que el hombre depende de un fundamento divinúm. Además, Voegelin incorpora las revelaciones hebrea y cristiana, enfatizando la reclamación de la experiencia trascendental en su obra «*Order and History*». También se interesa por la metafísica medieval y el realismo, siendo influenciado por Santo Tomás y la neoescolástica.

Aunque no en un sentido estricto, el realismo le proporciona un nuevo aire, en particular la figura de Maritain, un tomista del siglo xx. Sin embargo, su principal interlocutor es M. Heidegger. Ambos comparten un diagnóstico similar sobre la Filosofía contemporánea, aunque difieren en sus enfoques; Voegelin critica la tendencia de Heidegger hacia el gnosticismo y su rechazo de la trascendencia. Su meta teórica es investigar las experiencias trascendentales, convencido de que el espíritu opera en los lugares más inesperados.

Para finalizar, nos encontramos ante una obra de profundo calado, por su contenido y su alto nivel filosófico, una posible continuación a una anterior, «*Perfiles filosóficos*» donde Carabante ya trató sobre Filosofía política y la historia de las religiones, y en la que declara como las ideas y creencias influyen en la realidad política y social. En tiempos de polarización y desinformación, su propuesta ofrece una vía para recuperar el sentido del orden desde la Filosofía. Y así, a los estudiosos de ideologías más sociológicas y científicas les dará nuevos elementos para reflexionar sobre el orden perfecto en la humanidad, con argumentos suficientes para desligar y al tiempo sustituir la verdad immanente por una verdad trascendental, extremo que Carabante entiende especialmente relevante, pues la primera, de naturaleza gnóstica, promete la salvación a través del conocimiento, olvidando, al estilo más positivista, cualquier realidad trascendente.

Se confirma con esta obra las horas de estudio e investigación que Carabante ha dedicado fundamentalmente a las obras de Voegelin y que ha sabido transmitir con gran hondura y calidad tanto en el contenido como en su redacción técnica, que pone de relieve asimismo el conocimiento filosófico, histórico y literario con el que se maneja, pues no son cuestiones sencillas de exponer. Una obra a la que a muchos estudiosos de la Filosofía del Derecho nos aporta nuevos e interesantes conocimientos.

María Luisa DE TORRES SOTO  
Universidad Complutense de Madrid